

CONDENADAS A LA ESPERANZA



Por Letraherida

Un quejido largo llena la celda, se arrastra por el aire y muere pronto, como golondrina escapada por el ventanuco. Parece el lamento de un animal herido cuando aún no ha perdido la sangre. La noche será eterna, saciada del agrio olor a sudor y a orina de esta ruinosa prisión. Apenas veinte metros cuadrados para ocho mujeres.

Por fin llevan a una criolla camino al dispensario con su barriga dura y los dedos envarados. La guardiana señala el lugar y me trago una lágrima. La vida, tan contradictoria. Ahora mismo preferiría no haber nacido, en cambio, la criatura de la criolla pugna por salir deprisa, con esa fuerza indómita de la sangre nueva.

Toda la culpa fue de mi madre negra: *Los que saben sueñan, mi niña*. Pronunciaba solemne en nuestra chabola de uralita donde siempre tintineaba la voz de un aguacero. Después, abría su pequeño libro, desgastado como el cofre de un tesoro familiar, y me leía. Afuera mi padre blanco masticaba tabaco mientras rezongaba con el légamo de sus dientes discontinuos: "Mujer de ideas, hombre muerto". Lo recuerdo muy bien, desde entonces me entró la manía de plantarme ante los escaparates y las librerías o allá donde los ciegos tocaban su música triste. Después, vino el quiosco del tranviario Cosme. El abuelo me dejaba leer una línea de los periódicos cada día: *"prome-to para el pue-blo pan y cul...cul-tura"*, *"los po-bres, mujeres u hombres, ten-drán los mismos de-re-chos"*, *"Caín presi-dente"*. A cambio, yo le daba un beso en la mejilla y él cerraba los ojos para recordar antiguas dulzuras ¿de qué tiempo? Sólo el viejo de manos sarmiento lo sabía. "Aún nadie ha descubierto cómo solucionar el amor, niña".

A veces mi hermana y yo atravesábamos la ciudad a trompicones, abriéndonos paso entre un reguero de callejuelas lúgubres que se hacían profundas hasta el vertedero. ¡Allí sí encontrábamos reliquias! *Nací un día en que Dios estaba enfermo, grave*, leí entre las hojas muertas de un tal Vallejo. Ahora comprendo bien aquellas palabras. No hubo tiempo para más. Un día me despuntaron estos pechos de mulata y un hombre armiñado me abordó frente al escaparate de los zapatitos de charol: *¿te gustan, bonita?* Los lancé al río cuando me di cuenta de que no servían para caminar entre ruinas. Brillaron en el aire, jugaron un instante igual que dos pájaros en celo, después los naufragó el lodo, mudos, como mi inocencia perdida. Jamás tuve un deseo tan furioso de morir. Años más tarde, me trincaron por robar y huir de aquel tipo blacucho y beodo, que también se había bebido los quince años de mi hermana.

—Tú, nueva, ¿qué sabes hacer? —pronuncia la vieja Casilda, la jefa de esta tribu. Zorita, con rasgos de Down en la cara, acuna su muñeca sucia y me alarga un paño húmedo que alivia por un instante el calor. Sus ojitos chinos son como cachorros risueños. Va limpiando algo imaginario, como si desde la ingenuidad de su cromosoma maldito insuflara belleza a lo que toca. “Hay tanta inocencia en su delito que es mejor mantenerlo en secreto”, me susurran las demás. Aguardan por mi supuesta habilidad. —Sólo sé leer —pronuncio con timidez.

—Uff, ¿acaso esa vaina sirve pa’algo? —La vieja Casilda habla decepcionada y como si fuera a oficiar misa, se incorpora. —Mirá bonita, si no es por algún milagro aquí mismitico nos vamos a pudrir. —prosigue su homilía con más pesar —¿De qué? No me preguntes, de calor, de enfermedad, de pena... de sentencia. De caer desde lo alto de las causas perdidas como se mueren los parias.

Zorita gime, achina su rostro de luna y se aferra fuerte a la muñeca desnuda, como si la protegiese de esa muerte que ronda en las palabras de la anciana. La vieja echa el chal de su pena a la espalda y se da la vuelta. ¿Un milagro en esta tierra de nadie donde no llega ni el Cristo de los pobres? ¡Maldita condena de mujer, la esperanza!, pienso para mis adentros.

La guardiana nos devuelve a la criolla. En sus brazos el crío mestizo de ojos volcán mira las estrellas de humedad del techo, como quien ya sueña otros mundos lejanos. Algo se nos agranda en las entrañas, una fuerza que trepa desde el mismo útero a los pechos. Es la vida, así, tan contradictoria, con sus motivos de alegría aún en los peores días. Zorita llora de alegría cuando la criolla le deja tocar al niño; lo acaricia con una mezcla de ternura y miedo. —Su madre se alquilaba en un chamizo, para pagar el condumio, dicen, —me explica Casilda— pero se hizo viejita pronto, y no hay subsidio del gobierno pa tanta desgracia. Alguien preñó a la tonta, a la retrasada. Ella creía que jugaba al amor. Me trago la rabia y empuño el viejo tesoro familiar que escondí entre la ropa. El nudo de mujeres permanece atento, se miran, y con los restos de un coraje antiguo que sale del alma, leo despacio:

Aunque al fin me arrebatan la palabra, no voy a callar ni me resigno.*

La tonta es la primera en entender. De pronto, da palmadas y comienza a danzar el tocón de su cuerpo breve. Cual figuritas en una caja de música oxidada, las mujeres sonrían y sueñan: Casilda abraza a su madre que no conoció; la criolla vende gladiolos en lugar de marihuana en un puestecito del puerto; Zorita amamanta a aquel bebecito que parió, no supo cuidar, y se le murió en los brazos como un muñeco...Yo escucho la voz del aguacero sobre un cielo de uralita. Las golondrinas chillan afuera. ¡Es cierto el milagro!, volamos libres con ellas.